

# ***Problemas actuales del petróleo, vistos por la OPEC***

**Khene, Abderrahman**

Texto del discurso ofrecido por el Secretario General de la OPEC, el 28 de septiembre de 1974, en la Friedrich-Ebert-Stiftung, Bonn, RFA.

Antes de nada, quisiera dar las gracias sinceramente a los dirigentes de esta honorable Fundación que han organizado esta conferencia, ofreciéndome así la agradable ocasión de dirigirme a un auditorio tan selecto y tan bien informado sobre los problemas que abruman al mundo de hoy. Es un gran honor para mi.

Señores, mucha gente habla del problema de la energía. No creo que sea un mal del que todo el mundo hable, incluso cuando ciertas personas hablen de la "crisis de la energía". Pienso, en efecto, que, en el montón de cosas que se repiten varias veces, hay la ventaja de ver que ciertas ideas se hacen familiares a un mayor número de gente que, de este modo, podrían, a su vez, contribuir al debate. Y esto es, ciertamente, de gran importancia para todos. Nuestra contribución consistirá en decir las cosas sinceramente, como las vemos para el futuro, desde el lado de los países exportadores de petróleo.

Por el momento, todo el mundo parece convenir en reconocer que, para los que tienen la obligación de dirigir a los hombres y las cosas, el problema de la energía está convirtiéndose en uno de los asuntos más candentes, si no el que más, de los próximos años. Europa, a la cual pertenece su país, muestra ya inquietud, sobre todo después de que los Estados Unidos han resultado ser un nuevo competidor, un competidor impresionante, hay que decir, en torno a las reservas de petróleo del Oriente Medio, fuente tradicional de aprovisionamiento de los países europeos. Creemos que esta inquietud va acentuándose por el mundo a causa de la incertidumbre que gravita sobre la capacidad de la ciencia para sacar a nuestra civilización actual del angosto pasaje por el que, según se sabe ahora, ha de pasar, y, desde allí, sacarla del peligro que la amenaza. Ese angosto pasaje tiene un nombre: escasez. Esto es por lo que les propongo examinar el propósito de esta conferencia, no tanto desde el punto de vista económico, aunque este aspecto sea de importancia primordial, si se piensa, por ejemplo, en los medios de financiación a conseguir

y emplear para asegurar el abastecimiento de energía en cantidades cada vez mayores y compatibles, en la mayor medida posible, con las necesidades expresadas; sino mas bien examinar el asunto desde el punto de vista físico, pues es precisamente de lo que se trata, si se quiere comprender al menos una gran parte de la inquietud que se exterioriza por todas partes.

Dicho esto, quisiera, con su benevolencia, dedicar algunos instantes a recordarles lo que es la OPEC (Organisation of Petroleum Exporting Countries-Organización de Países Exportadores de Petróleo) y cuáles son sus objetivos. Se oye decir ahora que la OPEC es una organización todopoderosa. Para nosotros, eso seria ciertamente muy agradable de oír, si en ello no se ocultara un grave reproche, incluso una sorda amenaza. Tal amenaza se ha expresado ya en las sugerencias hechas por algunos para quebrantar el "Cartel" de la OPEC. Diariamente, se lleva a cabo una campaña hostil contra nuestra organización en la prensa y, en general, a través de los medios de comunicación de masas. Y como ocurre siempre que tales campañas se emprenden, se desatienden los hechos, se deforma la realidad y se procura sustituirla por ideas partidistas y, por consecuencia, erróneas. De hecho, sospechamos mucho que, en el fondo de tal hostilidad, se hallan razones menos económicas que políticas, probablemente porque siete de los países que componen la OPEC son estados árabes implicados en el conflicto de Medio Oriente. Así, inculpar globalmente a la OPEC podría parecer más inteligente y más eficaz para excitar la opinión pública internacional contra los estados del Medio Oriente, que, por otra parte, poseen efectivamente inmensas reservas de petróleo.

Lo histórico de nuestra organización, sus reglas de funcionamiento y los resultados por ella obtenidos muestran ampliamente que la OPEC está lejos de ser el cartel que se dise, sugiriendo con ello un organismo monopolístico u oligopolístico, cuyo fin es dictar las condiciones del mercado. Nosotros sostenemos firmemente que nuestros países miembros, por la misma razón que han estado tanto tiempo bajo la ley del cartel, el único y verdadero constituido por los "Comandantes", no consentirían hoy ser un cartel. La OPEC, señores, es apenas un club de naciones que se ha constituido en comité de defensa en el momento en que las compañías petrolíferas internacionales tomaron las decisiones unilaterales e irresponsables de reducir, por dos veces consecutivas, los precios establecidos para el petróleo. Eso fue en 1959 y 1960. Con estos actos irresponsables, que hoy día se calificarían de verdadera agresión económica, tales compañías (los precios establecidos, como Uds. saben, sirven para el cálculo del impuesto) han causado dificultades, sin preocuparse con exceso, a los gobiernos de los países productores y han puesto en peligro toda esperanza de desarrollo futuro, económico y social, de esos países. Ni que decir tiene que, en

esa época, todas las naciones industrializadas se sintieron felices al beneficiarse de condiciones de precio tan ventajosas, que, de este modo, han contribuido, en gran parte, a la aceleración de su propio desarrollo económico y social.

Fue, pues, en septiembre de 1960, en Bagdad, que, amenazados de una forma tan vital, los cinco mayores países exportadores de petróleo de la época: Irán, Irak, Kuwait, Arabia Saudita y Venezuela decidieron crear la OPEC, siendo la idea el disponer así de un foro para consultas mutuas, con el fin de impedir a las compañías petrolíferas que tomen otras decisiones semejantes. Desde 1960, El Katar, Indonesia, Libia, Abu Dhabi, Argelia y Nigeria se han incorporado a la OPEC en virtud del Artículo 7 del Estatuto de esta organización, que prevé que los países con una "exportación neta substancial e intereses similares a los de los países fundadores pueden adherirse a la Organización". Recientemente, el Ecuador fue admitido como miembro asociado. Así, pues, para países situados tan lejos los unos de los otros, con estructuras sociales muy diferentes y regímenes políticos tan distintos, la OPEC va a ofrecer, a través de la persona de sus respectivos ministros de petróleo, la posibilidad valiosa de reunirse regularmente, de intercambiar puntos de vista y, por ende, de abrir líneas de fuerza comunes en la gestión de los asuntos petrolíferos. A mi parecer, los resultados más significativos que pueden atribuirse a esas reuniones son la *conciencia, ampliamente compartida hoy día, que se tiene de la necesidad de persistir en una valoración mejor de este valioso recurso natural, y la idea, cada vez más sustentada, de un mayor control, por parte de los países productores, de las operaciones, hasta hace muy poco dejadas exclusivamente en manos de sociedades petrolíferas más poderosas que los mismos estados concesionarios.*

Sin embargo, esta nueva disposición de conciencia, obrando en el sentido de intereses mejor comprendidos por nuestros pueblos, que, dicho sea entre paréntesis, se debaten todavía en el subdesarrollo, nunca ha obscurecido, entre los dirigentes de nuestros países miembros, el sentimiento de solidaridad humana que, muy a menudo, solo la gente pobre es capaz de manifestar. Mucho se debe verdaderamente a ese noble sentimiento el que los países agrupados en el seno de la OPEC se preocupen, hoy más que ayer, de problemas que el petróleo y su precio plantean en los países consumidores. Quisiera, por lo demás, recordar que los estatutos de la organización estipulan que "habrá que poner siempre atención con el fin de asegurar a los países consumidores un suministro de petróleo eficaz, económico y regular". Me pregunto, incluso, si tal sentimiento de solidaridad no radica fundamentalmente en el hecho de que, en materia de precios de crudos, p. ej., los países de la OPEC hayan aceptado y continúen aceptando el quedarse rezagados un buen trecho tras la evolución de los precios en los países consumidores. A propósito de esto, me pa-

rece bien, en efecto, repetir otra vez en esta ocasión que, si se da un valor constante al dólar, los precios establecidos usuales hoy día están por debajo de su nivel de 1958, es decir, anterior a la reducción drástica mencionada hace un momento, que condujo al nacimiento de la OPEC. Esto se explica simplemente por el hecho de que los únicos aumentos de precios establecidos, intervenidos desde 1960, han sido aumentos nominales obtenidos en virtud de mecanismos de compensación - desgraciadamente, siempre incompletos - destinados a recuperar cierta cantidad del valor que se ha perdido en la medida de la evolución económica internacional, ya se trate de devaluaciones monetarias, ya de la inflación.

En el mismo orden de ideas, puede ser interesante subrayar cómo el precio atribuido al petróleo crudo, al menos la parte que recaudan los países productores a través de sus impuestos y derechos, está lejos de representar un precio justo para un producto, cuyo valor intrínseco, así como el valor que se le atribuye hoy día por su rareza relativa, está reconocido por todos. Siendo evidentemente el agua para los países desérticos del Oriente Medio un elemento tan valioso, por lo menos, como lo es el petróleo para los países industrializados, se puede, p. ej., preguntar cuánto cuesta el agua a los primeros o, dicho en otros términos, qué cantidad de agua pueden adquirir con el ingreso obtenido de un barril de petróleo, aun cuando éste se valore, aproximadamente, en \$ 1,60 por término medio.

Se dice todo esto aquí para subrayar que el supuesto todopoderío de la OPEC es algo bien modesto en verdad, aunque haya gente interesada que, repitiéndolo frecuentemente, quiere hacer creer lo contrario con una intención no revelada. Hay que recalcar, pues, que, aun siendo tan modestas, las "conquistas" de la OPEC sólo se han logrado mediante una solidaridad real entre sus miembros y a través de una larga y dura lucha común. Uno puede imaginarse fácilmente que, sin esta solidaridad, las cosas habrían sido ciertamente peores para los países productores, y las victorias de la OPEC radican, hasta ahora, en el hecho de haber impedido una mayor explotación de sus países. Hay también quienes han hallado en las calumnias un buen tapado para sus operaciones escandalosas, cuando acusan a los países de la OPEC de aumentar los precios del petróleo; así, el propósito atribuido a Mr. Mac Alec, presidente de la Gulf Oil del Canadá. Cito: "el aumento de precios de productos petrolíferos y toda la escasez que pueda producirse, pueden achacarse a los precios de crudos más altos, impuestos por los países productores de la OPEC, y a los efectos de estos aumentos sobre los precios brutos en América del Norte". No se puede ser más claro. Pero qué decir, cuando se sabe que los productos petrolíferos refinados han aumentado en más de un 120% (en ciertos casos); esto después del ajuste de precios señalados tras la devaluación del dólar, que trajo consigo un au-

mento del 12% por lo menos. Nadie dice nada, cuando la verdad es que si las compañías que venden los productos refinados hubiesen obtenido gratuitamente el petróleo crudo, el precio de los productos refinados habría aumentado a pesar de todo. De todos modos, declaraciones tales, susceptibles de influenciar la opinión pública, no expresan responsabilidad alguna. Pero lo que acabo de decir no detendrá los ataques y las falsas acusaciones dirigidas contra la OPEC.

La iniciación de las nuevas negociaciones con las compañías petrolíferas, prevista para el 8 de octubre próximo, proporcionará, además, una buena ocasión de indignarse por el escándalo. Mas sabemos que el escándalo no está allí donde se intenta localizarlo. En realidad, como ya he dicho, nosotros no hacemos más que correr detrás de algo que nos lleva siempre mucho adelante. Y, hasta el presente, nuestro objetivo ha sido solamente tratar de conservar el mismo poder adquisitivo del importe que percibimos por una tonelada de petróleo, es decir, de asegurarnos el poder de adquirir con ese importe la misma cantidad de productos. Pero, ¡ay!, no tenemos más que un éxito muy incompleto, pues tenemos que añadir cada vez algunos litros más de petróleo para adquirir el mismo objeto.

Señores, habiendo dedicado estas observaciones a la OPEC, a los objetivos reales que persigue, a la modestia de sus realizaciones, quisiera ahora volver a nuestro tema, es decir, a eso que se llama ya "la crisis de la energía".

Cuando dije al principio que el aspecto más importante de la cuestión era físico, quería decir que el problema era tan simple como esto: *el mundo está amenazado por una escasez de energía si se considera la demanda proyectada*. Agrego al instante que eso no es válido para mañana y que, conociendo la capacidad de adaptación del hombre, "la crisis", sin duda alguna, podrá absorberse durante mucho tiempo antes de alcanzar su punto de violencia, si es que ha tenido uno alguna vez. Entretanto, lo que realmente está sobre el tapete es el nivel de vida del mundo superdesarrollado, allí donde la vida parece merecer este nombre únicamente por el ruido de la maquinaria, el derroche de luces, la embriaguez de la velocidad, etc. Sin embargo, todos, pertenezcan o no al mundo superdesarrollado, hablan ya y continuarán hablando con embarazo, si no aprehensión, de este problema trascendente; tanto sienten, aunque sea confusa y este muy lejana, la amenaza que se cierne sobre la civilización moderna. Efectivamente, hace falta precisar, desde el principio, que, cuando se vaya a hablar de escasez de energía, se trata primeramente de la escasez de petróleo, combustible que ha ocupado el lugar más importante en el consumo de energía.

En cuanto a los datos, quisiera traer a la memoria ciertas cifras para poner el asunto en sus verdaderas dimensiones. Se trata, ciertamente, de cifras bien conocidas por un círculo tan informado como el de Uds., y sobre las cuales está de acuerdo generalmente la mayor parte de los expertos. Dos observaciones, sin embargo: la primera es que, en este sector, las previsiones tienden a resultar pesimistas: por el contrario, si se adoptan a tiempo medidas adecuadas, las cifras que voy a indicar tendrán mas probabilidades de resultar superiores a las necesidades reales.

Las perspectivas del consumo mundial (exceptuando el mundo socialista) de petróleo y gas, expresado en millones de barriles/día del equivalente en petróleo, tienen la tendencia siguiente:

	1970	1975	1980	1985	2000
	49.3	65.7	82.8	101.5	200.0
t/año	(2.500)	(3.300)	(4.150)	(5.100)	(10.000)
equivaliendo a un consumo global de energía del:					
	71 %	73 %	72 %	70 %	67 %

Estas cifras expresan dos cosas: la primera que el consumo de petróleo y gas está previsto que se cuadruplicue en el año 2000, tomándose como punto de referencia el consumo en 1970; la segunda es que la parte de los dos productos considerados tenderá a disminuir proporcionalmente (todo sigue siendo importante), lo cual indica, no obstante, las esperanzas fundadas en la intervención de nuevas fuentes de energía para calmar, cuando no satisfacer la voracidad "energética" de nuestro mundo.

Para hacer frente a tal situación, se dispone de reservas mundiales conocidas que se calculan en un billón de barriles del equivalente en petróleo (de 130 000 a 140000 millones de toneladas), de los que un tercio, más o menos, es de gas.

Los cálculos que pueden hacerse partiendo de estas cifras muestran que el mundo tendrá todavía petróleo para 30 años a lo sumo. Basándose en cifras disponibles, nuestros propios expertos llegaron a obtener resultados que, desgraciadamente, no son más tranquilizadores. En efecto, considerando la situación actual en lo que atañe al consumo y las reservas, si se supone que las reservas aumentan en un

5% al año y el consumo (o la producción) en un 6 % anualmente, entonces se calcula que las reservas podrán satisfacer la demanda durante 25 años aproximadamente, al cabo de los cuales deberá disminuir la producción de forma inevitable, por razones técnicas y con relativa rapidez, a un promedio anual del 7%. Ahora, si se supone que las reservas aumentan solamente en un 4% mientras que el consumo continúa experimentando una tasa de crecimiento del 6%, el momento en que la producción comenzará a declinar estará más próximo de los 17 años mas o menos, 25 ó 17 años, eso es poco.

Se ve, pues, que la situación delicada en que nos encontramos depende de dos factores: el uno, las reservas, el otro, la tasa de consumo. Evidentemente, dominamos menos el primero que el segundo, si se recuerda que nada más lógico parece pensar que los nuevos descubrimientos no serán posible más que al precio de mayores esfuerzos, de medios tecnológicos y financieros más eficaces, adquiriendo también el factor tiempo una trágica importancia.

El segundo factor no es tampoco fácil de manipular, si se reflexiona sobre las implicaciones múltiples y complicadas, incluso imprevisibles, que puede entrañar una limitación del consumo de energía. Y, *sin embargo, el mundo sería sensato solamente si ajusta su hambre "energética" a las reservas seguras de que puede disponer.* Tal conclusión, que, no obstante, parece llevar la impronta de la lógica mas simple, está, a pesar de todo, lejos de ser admitida como tal Algunos dicen, en efecto, que ¡la tierra está llena de petróleo! Y cuando se les fuerza a precisar sus opiniones, dicen: ¡hay suficiente petróleo hasta el año 2000 por lo menos! es verdad, pero ¿qué hacer después del fin de siglo? Entonces dicen: nuestra civilización es capaz de hallar la respuesta a tal pregunta. ¿Y si la respuesta no se da a tiempo? Un año, cinco años, diez años son, bajo este aspecto, de un valor inestimable. Debido quizás a periodos tan cortos, yo diría tan fugaces, tengamos que comenzar a economizar nuestro petróleo, pues puede ser que la ciencia haya de necesitar aún esos pocos años para salvar a nuestro mundo.

Porque quisiera incluirme, Uds. lo han adivinado, en la categoría de la gente prudente, saco la conclusión siguiente: si las medidas apropiadas no se toman a tiempo, es decir, inmediatamente, el mundo podría encontrarse rápidamente en un callejón sin salida. En este mismo sentido, quisiera anunciar mi desacuerdo completo con aquellos que, por su posición, me parece que ofrecen a la gente una falsa seguridad que, por mi parte, considero peligrosa. No se puede, sin embargo, señalar para el petróleo un plazo de 20 ó 30 años, cuando, por otra parte, nadie está en con-

diciones de decir que, a fin de siglo, ¡podrá prescindirse definitivamente de ese petróleo!

En efecto, aun suponiendo que, de aquí a entonces, la ciencia procure los medios de pasar o otras fuentes de energía para un número considerable de aplicaciones, el empleo del petróleo continuará siendo cuantioso y valioso durante mucho tiempo. Valioso por su empleo en la petroquímica y cuantioso como fuente de energía. Las cifras que indicamos hace un momento lo demuestran ampliamente.

Pienso que es interesante precisar, para hacer más clara la discusión, que, en la hipótesis de consumo que hemos utilizado, se calcula que, en 1990, el mundo no tendría a su disposición más de unos 700.000 millones de barriles de su equivalente en petróleo, o sea 93.000 millones de toneladas aproximadamente, a condición de que las reservas situadas a 1000 metros bajo el nivel del mar se hagan asequibles. Se ve, por tanto, que el problema se centra bastante en la existencia o inexistencia de petróleo: eso es lo que hemos llamado su aspecto físico al principio de nuestra conferencia. A este respecto, los países miembros de la OPEC sólo pueden sentirse profundamente afectados, preocupados a la vez por las dimensiones planetarias de la amenaza de escasez y también por el futuro de sus pueblos, habiendo de tener muy presente que las reservas petrolíferas que poseen amenazan agotarse rápidamente. Y es verdad que lo que nos causa hoy preocupación son las cantidades de petróleo, cada vez mayores, que piden las naciones industrializadas. Nuestra preocupación, pronto nuestra inquietud antes de convertirse en nuestra angustia, es el porvenir de nuestros pueblos, así que se hayan consumido, extinguido, sus valiosos recursos naturales que, en muchos casos, son su riqueza principal, si no la única. *Al paso que van las cosas, pienso que los países consumidores deberían compartir también tal preocupación.* Desgraciadamente, ni el extenso mensaje del Presidente Nixon sobre la energía, ni lo que sabemos acerca de proyectos de la Comunidad Europea han denotado que debiera prestarse mucha atención a este aspecto del problema.

Por otra parte, cuando se recuerda la crisis de la energía, las miradas y los pensamientos se vuelven automáticamente hacia los países industrializados, mientras que se ignora, absoluta y totalmente, a los otros, a todos los otros. Tal tendencia no es solamente injusta, sino también no realista. Tratándose por lo general de países en vías de desarrollo, no debe ni puede olvidárselos. Para ellos, disponer de energía es todavía más vital que para los países que la consumen en demasía. Hago recordar que el consumo de energía per cápita es muy diferente, p. ej., entre los Estados Unidos y América del Sur, entre Europa y África, entre el Japón y China. Equivalente a 80 barriles de petróleo en los Estados Unidos, 35 en Europa Occidental,



28 en el Japón, no pasa de los 10 en América Latina, es inferior a 5 en Asia e irrisorio en África. Por esta razón, cuando se piense en la escasez de petróleo, deberán tenerse en cuenta las necesidades de esas poblaciones en todos los planes. Por su parte, los países de la OPEC se preocupan de ello.

Añadamos que es preciso tener muy presente que la población de los países menos desarrollados es mucho más numerosa que la de los países más desarrollados, un hecho que va acentuándose, y, basándose en el mismo, uno puede imaginarse que, en las previsiones actuales, un aumento, debido a factores imprevisibles actualmente y ligeramente superior al asignado a dichos países, atraería nuevas cantidades enormes de petróleo.

*Hay aquí, creo yo, consideraciones bastante firmes para comprender que la disponibilidad de reservas petrolíferas conocidas sea una preocupación que debe extenderse a todos los pueblos de la tierra y ser compartida por éstos.*

Es a la luz de todo esto que recomendamos encarecidamente que el mundo desarrollado haga un esfuerzo mayor, con el fin de hallar una solución a sus necesidades energéticas. A este respecto, se observa que, tratándose de soluciones a este problema, la gente ha tomado la costumbre de fijar la vista en el horizonte del año 2000. Opinamos que hay que forzar un poco más las cosas y fijar como objetivo el límite de 1990 para los grandes descubrimientos y el remate técnico final a realizar, con el fin de permitir la puesta en marcha de otras fuentes de energía, pues la carga que pesa sobre el petróleo debe aliviarse rápidamente, si se quiere conservar un poco más de esta preciosa materia prima para sus usos no energéticos, concretamente para la fabricación de abonos, cuya necesidad irá creciendo con el aumento de la población del globo.

Quisiera ahora tratar de pasar al examen de medidas que nos parece deseable adoptar en el conjunto en que resultan tan dramáticas las perspectivas que he intentado exponerles. A nuestro juicio, tales medidas se basan en tres categorías.

1. La primera atañe a la intensificación de la investigación petrolífera en todos sus aspectos, es decir, no sólo la investigación de nuevas estructuras susceptibles de abarcar el petróleo, en tierra y fuera de la costa, sino también la investigación tecnológica, para alcanzar capas petrolíferas más profundas, especialmente fuera de la costa, y también para facilitar una recuperación más eficaz del aceite sobre el terreno en yacimientos ya explotados o por explotar.

Ese es, juzgamos nosotros, el trabajo de compañías petrolíferas tradicionales, tanto como de compañías nacionales de los países productores. Son inmensas las perspectivas que se ofrecen para un desarrollo de la cooperación en este campo entre los dos tipos de compañías, trátase de la tecnología, del "saber cómo", del suministro de equipos o de la disposición de medios financieros. En cuanto a las relaciones entre los países productores y las compañías petrolíferas capitalistas, las tendencias que se desarrollan en el sentido de un mayor control de los primeros sobre las actividades de los segundos, pueden, a juicio nuestro, conducir únicamente a una mayor clarificación de esas relaciones, lo cual daría origen a nuevas empresas comunes que permitirían el establecimiento de bases de trabajo más saludables. Naturalmente, eso dependerá mucho todavía de las condiciones en que se realizará tal evolución; pero es deseable lograr rápidamente cierto grado de armonía, con el fin de acometer juntos, lo antes posible, esas grandes tareas del futuro. Grandes tareas, es cierto, cuando se consideran los inmensos esfuerzos que han de hacerse y los no menos considerables medios humanos y financieros a movilizar con ese objeto.

2. La segunda categoría de medidas a recomendar se incluye en la necesidad manifiesta y que he recordado hace un instante, de hacer todo lo posible para movilizar las nuevas fuentes de energía. Esta movilización deberá llevarse a cabo, a ser posible, sin detrimento del ambiente humano, en todo caso con el mínimo de daño posible. Hasta el presente, el petróleo y, más aún, el gas han constituido realmente los combustibles de preferencia; pero las cantidades empleadas, cada vez mayores, han puesto de manifiesto, incluso en su caso, serios inconvenientes. Esto es el porqué la invitación a consumir cantidades de energía aun mayores, debe ir acompañada de medidas estrictas, con el fin de aminorar los disgustos causados al hombre por este superconsumo.

La explotación a mayor escala del carbón y su gasificación, la extracción de petróleo de pizarras bituminosas y de arenas petrolíferas son los substitutivos apreciables del petróleo clásico. Por las cantidades casi ilimitadas disponibles en la tierra y especialmente en los grandes países consumidores de energía, el carbón, por algún tiempo vencido y víctima del petróleo, su rival, deberá emplearse en ayuda de éste. Retrasar la movilización con el pretexto de que se puede obtener petróleo a mejor precio, equivale, de hecho, a retrasar esta competencia hasta el momento en que el petróleo entrara en su fase de agotamiento. *Si hubiera de prevalecer tal filosofía, tendría que conducir a un cambio radical de actitud en lo concerniente al precio de los crudos del petróleo y en el sentido de un encarecimiento. Tal vez, sea eso lo que hace falta para actuar con suficiente rapidez; pero, en espera de tal revolución, habrá continuado quemándose unos recursos naturales de valor inapreciable.*

En efecto, en el dominio y la utilización de la energía nuclear y, más aun, de la energía solar y geotérmica están puestas las esperanzas más firmes y definitivas de aportar la solución final al problema de la producción de energía. La cooperación internacional es muy deseable en este campo, si es que se quiere asegurar los medios de evitar el hambre energética que acecha al mundo. Las naciones consumidoras deberían, en nuestra opinión, reunir los correspondientes medios científicos y financieros para acelerar las investigaciones en estas materias. Por otra parte, por las razones que hemos hecho recordar anteriormente, particularmente las relativas a la evolución de los países productores una vez secada su fuente de petróleo, estoy convencido de que *estos países no solamente ven con alivio y placer los esfuerzos iniciados ya en este campo, sino que aceptarían también aportar una contribución propia dentro de sus posibilidades*. Aquí también se abre un extenso campo de aplicación para una verdadera cooperación entre los países productores y los consumidores, que debe extenderse a todos los pueblos de la tierra.

Nuestra idea se funda especialmente en el hecho de que, a causa de o gracias al gran miedo que todos habríamos conocido, el "nuevo fuego" deberá ponerse equitativamente a disposición de todos.

3. La tercera categoría de acciones estaría encaminada a hacer, desde ahora, las necesarias y, tal vez, decisivas economías de petróleo, limitando el derroche bastante admitido hoy día. En verdad, esto debería conducir a que se prohíba todo aumento del consumo per cápita y, mejor aun, a reducirlo, a fin de modificar hacia abajo la tasa de crecimiento del consumo global. Las cifras que hemos repasado juntos al principio de esta conferencia, son más bien horrosas, y parece ser una exigencia el obtener su rectificación por reducción. Una exigencia, es cierto, porque hemos visto, por otro lado, que el consumo era el factor de nuestra estrategia para el futuro, sobre el que se "inflúa" algo. Volviendo a nuestro ejemplo del principio y poniendo en juego las relaciones entre reservas y consumo, se puede comprobar que, basta que la tasa de aumento del consumo disminuya del 6 al 5% por año, para obtener las cifras de 78 ó 22 años, según que, en las hipótesis del aumento de las reservas, se trabaje con una tasa del 5 ó 4% (en vez de los 25 y 17 años registrados anteriormente), antes de que la producción comience a declinar.

La responsabilidad de los consumidores, individual y colectiva, está directamente comprometida. Las naciones consumidoras no deben tener más el derecho a tanto derroche, cuando todo el mundo esta embarcado en el mismo bote. Por otra parte, los estados que suministran ese petróleo, trátase de petróleo nacional o extranjero, deberían inhibirse de suministrar en cantidades tan considerables para usos no

esenciales, es decir, para usos equivalentes al derroche puro. Es evidente, p. ej., que continuar quemando gasolina por el placer de ir en un vehículo potente sin un objeto útil es una insensatez. El sector del transporte individual debería destinarse evidentemente a soportar las primeras medidas de economía a aplicar. A partir del momento en que los planificadores, es decir, la gente que tiene por función pensar en la organización de las cosas en las sociedades modernas, nos propongan nuevos esquemas para nuestras ciudades y casas, para el empleo de nuestro tiempo, para la organización de nuestras horas libres, etc..., existirá quizá la posibilidad de que nos propongan construir, al fin, un mundo más a medida del hombre y donde el calor humano reemplazará ventajosamente la atmósfera sobrecalentada de nuestros ostentosos edificios.

Haciendo esto, nos damos cuenta, sin embargo, de que no es cosa fácil sugerir a la gente que goza de tanta comodidad y abundancia, que cambie de estilo de vida, renuncie a su nivel de vida por otro menos lujoso; sugerir a los industriales que cesen de ver sus balances únicamente a través de porcentajes de crecimiento; sugerir a la gente que vaya menos en coche y ande más, etc.... Y, a pesar de todo, ese es el precio que será preciso pagar para evitar verse enfrentados a una situación mucho más dramática.

De hecho, bien hay que decir que el problema de la escasez de petróleo no es más que una faceta de un conjunto que comprende las otras materias primas, que nuestra civilización ha aprendido a codiciar mucho. Continuar por este camino es un desafío diario al buen sentido, y hay algo de malsano, de mórbido en esa determinación, si no placer, del hombre en bordear sin cesar la catástrofe.

Así, para volver al petróleo, si son correctas las previsiones y las cifras que todo el mundo emplea, uno está cierto de que esos recursos naturales van a agotarse en corto plazo. Pero el que tal situación, cuando llegue, adquiera o no proporciones catastróficas, dependerá enteramente de nosotros, es decir, de la forma que estemos preparados para ese término. Dentro de esta perspectiva, no es indiferente disponer de aceite mineral hasta el año 2000 ó 2050. Cincuenta años, eso es verdaderamente muy poco en la evolución del mundo; pero cincuenta años podrían, sin embargo, ser decisivos para la humanidad futura. Eso es, señores, por qué nos parece sensato adoptar por principio *el ajuste de nuestro consumo a las reservas disponibles, asegurando en todo momento (periódicamente, p. ej.) una reserva para un número suficiente de años, 100, 80 ó 50 años, que se escogerá en función, tan exacta como sea posible, del grado de incertidumbre (o de certidumbre de las ciencias, que deben proporcionarnos la clave de los problemas de la energía para el futuro.*

Señores, esta es, pues, mi conclusión. Cualquiera que sea la realidad de las cosas, en el presente o en el futuro, los comentarios sucintos que he tenido el honor de hacer ante Uds. acerca de la materia, a la que algunos han convenido ya en llamar "la crisis de la energía", apuntan a dos objetivos. El primero es que la cuestión de la energía, verdadera o falsa, real o exagerada, ha llegado a ser la preocupación de todo el mundo, tanto de los países ricos como de los pobres, tanto de los grandes países consumidores como de los productores-exportadores de petróleo. Las dimensiones planetarias de la materia exigen, según nos parece, tratarla con mucha sangre fría y otro tanto de sabiduría y determinación. Nuestra opinión es que, si no se quiere correr el riesgo de limitar el futuro del petróleo a las tres próximas décadas, es decir, al fin del siglo, *es preciso tomar medidas bastantes urgentes en favor de una restricción del consumo, o sea, como último recurso, en favor de una restricción de la producción.* Bajo este aspecto, cómo no alarmarse, p. ej., ante el hecho de que se piensa producir en Arabia Saudita al ritmo de 20.000.000 de barriles por día, ¡lo cual equivale a que las reservas más importantes del mundo se agotaran al cabo de 20 años aproximadamente!

Mi segundo objetivo está ligado a este aspecto del problema, y espero que mi exposición haya sido clara en este punto, a saber, las razones por las que los países de la OPEC están tan preocupados por el futuro, del de Uds. como del suyo. La perspectiva de un agotamiento prematuro de sus reservas petrolíferas no les regocija, como tampoco se alegran de la amenaza que se cierne también sobre todo el mundo; tan cierto es esto, que tienen conciencia de estar embarcados en la misma aventura. Así, pues, si Uds. quieren creérselo realmente, a los países de la OPEC les es extraña la idea de que buscarían abusar de la ventaja coyuntural de su situación. No se puede, de todos modos, imputarles tales designios, cuando esos países están todavía por negociar los precios de su petróleo con las compañías petrolíferas, persiguiendo la restauración del poder adquisitivo de sus ingresos en continua disminución. Y la omnipotencia de la OPEC no existirá, en tanto ésta no haya llegado a hacer que los países ricos, consumidores de su petróleo, participen de las preocupaciones que tiene respecto al porvenir de la población de sus países, la cual no suma menos de 250.000.000 de habitantes, próxima a duplicarse de aquí a fin de siglo.